

**EL YACIMIENTO DE DEHESA
DE BOLAÑOS
EN EL MARCO DE LA BAHÍA
DE CÁDIZ.
DE *PORTUS MENESTHEI* A
*PORTUS GADITANUS***

Jesús Montero Vítores

Revista de Historia de Jerez, nº 8,
2002, páginas 35-66.

Magnífico artículo donde se establece un estado de la cuestión del conocimiento que hasta la fecha de redacción existía sobre los controvertidos y queridos temas del Puerto de Menesteo y del Puerto de los Gaditanos. El autor, el Dr. Jesús Montero, muestra un enorme valor al volcarse en un esfuerzo de síntesis, necesario tras muchos años de opiniones e ideas más o menos fundamentadas. Una mayor estructuración del texto hubiera aportado mayor claridad y definición.

El meollo del artículo radica en dar debida corporeidad, léase ubicación, la los míticos puertos de Menesteo y de los Gaditanos. La metodología utilizada es fundamentalmente la propia de la Historia Antigua, especialidad del autor. La arqueología se utiliza para apuntar el sitio de Bolaños, el asomo de Jerez a la Bahía de Cádiz.

El profesor Montero inicia su razonamiento en la consideración de que “los mitos tienen una función social que explica de hecho su propia elaboración” (sic). Menesteo, personaje mítico citado en la *Iliada*, adquiere importancia real en los siglos inmediatos a la presencia romana. Todo en clave de mito fundacional, en el marco de la actividad mercantil ateniense, donde asciende la clase mercantil y su orden político: la democracia. Los capitales atenienses se invierten en expediciones comerciales a Occidente desde el siglo V a.C., básicamente en relación a las salazones de pescado. Al final del proceso, la moneda será una realidad en la Bahía de Cádiz.

Menesteo no sólo aparece como topónimo del puerto de Gadir, interpretado como ampliación de la infraestructura portuaria y barrio de “agentes atenienses” (sic), sino como oráculo, un lugar donde se consultaban las empresas marítimas. Dato de gran interés, puesto que los templos de Gadir se citan en relación a las islas que actualmente forman Cádiz. Para localizar el oráculo utiliza las fuentes clásicas, para ubicar el puerto se apoya, además, en la arqueología.

El profesor Montero utiliza un argumento, débil a nuestro juicio, cual es la analogía. En efecto, hay ciudades antiguas que tienen su puerto a relativa distancia: Atenas-Pireo, o Roma-Ostia. Así, Gadir tendría el puerto de Menesteo. Implícitamente considera que Gadir estaba en el Castillo de Doña Blanca y, como se trata de una ampliación portuaria, el de Menesteo no puede ubicarse en el citado yacimiento arqueológico, tal y como hizo A. Schulten en 1943.

Por otra parte, el Dr. Montero es un gran conocedor de la *Geografía* de Ptolomeo, es la autoridad en este tema. Y utiliza su conocimiento para colocar

con exactitud los distintos puntos mencionados en la antigüedad. Como la “exactitud” tiene una derrama de 5 minutos de grado ptolemaico, unos 8 kms., busca otro lugar. Y es que existe un yacimiento arqueológico en la Bahía con unas características parecidas: Mesas de Bolaños.

Apunta que, arqueológicamente, Dehesa de Bolaños se inicia en el siglo III a.C., justo cuando el Castillo de Doña Blanca deja de funcionar como ciudad. Datos no contrastados suficientemente con la información literaria citada. En época romana, los autores de lengua griega como Estrabón y el citado Ptolomeo se refieren al Puerto de Menesteo, toda vez que los latinos, como Mela, hablan de un Puerto de los Gaditanos. Esta yuxtaposición o solapamiento ha sido vista como identidad, como prueba de que se trata del mismo lugar. Así, el de los Gaditanos no sería otra cosa que otra ampliación portuaria, en este caso la debida a los Balbo.

Durante el Imperio Romano, la información sobre este Puerto se encontraría en relación a las hojas de ruta de aquella época: los Vasos de Vicarello, el Itinerario Antonino, y en el Anónimo de Rávena. En este último caso, la arqueología ha demostrado la existencia de una importante población, interpretada como *vicus*, en El Puerto de Santa María (siglo VI d.C.).

La consideración del subsuelo de El Puerto como entidad habitacional de época tardorromana es lógica si nos atenemos a las publicaciones científicas existentes hasta el año 2001, con excepción del viario y de las alfarerías romanas. Los que conocemos *de visu* los secretos que hay en la tierra, y así lo hemos explicitado con toda la claridad que hemos podido en nuestro trabajo sobre la Arqueología de El Puerto de Santa María, en el 2003, sabemos que hay un importante establecimiento principalmente bajo el Castillo de San Marcos, al menos desde el siglo I a.C.

Para finalizar, invitar a todos los amantes de la Historia de la Bahía a leer este trabajo, recordando que estamos de acuerdo con el profesor Montero en aceptar que el consenso sobre la ubicación de estos puertos se puede comenzar a establecer una vez que la Dehesa de Bolaños comience a ser excavada.

Dr. José Antonio Ruiz Gil
Universidad de Cádiz

**UN TERRITORIO, EL MAR,
EL HOMBRE. EL ALBA DE LA
CONCIENCIA HISTÓRICA DE
LA BAHÍA DE CÁDIZ**

Diego Ruiz Mata

Pliegos de la Academia, Academia de Bellas Artes Santa Cecilia, 2ª Época, nº 2, 2002.

Pocos trabajos son hoy en día tan relevantes en el campo de la investigación histórica sobre la antigüedad como los estudios que desde hace más de veinte años lleva realizando el profesor Dr. D. Diego Ruiz Mata centrados en el marco geográfico de la Bahía de Cádiz. Un investigador de talla tal que sus trabajos en la Arqueología, ya desde sus comienzos en algunos de los yacimientos arqueológicos clave de Andalucía Occidental, han marcado las principales

líneas de investigación de una disciplina histórica como es el estudio del territorio en época protohistórica y de las poblaciones indígenas y fenicias que en él se integraron. Pocos son los que han podido desmitificar con fundamentos empíricos los conceptos que se llevan arrastrando en la tradición historiográfica desde hace al menos dos mil años como la identificación Cádiz-Gadir y afirmar categóricamente que “el Castillo de Doña Blanca es hoy por hoy la ciudad-estado más antigua de Occidente, y la primera fundación tiria de la Bahía de Cádiz”.

Poco se podía saber en un principio acerca de lo que el Castillo de Doña Blanca depararía en los años venideros. Era profesor en la Universidad Autónoma de Madrid cuando con gran ilusión comenzó los trabajos de dirección de las excavaciones. Inmerso en estas tareas recibió la visita de Alberti quien recordó con fascinación, en el prólogo de una nueva edición de su obra *Ora Marítima*, aquel encuentro con el joven arqueólogo e investigador de lo que por aquellos entonces se creía que podía haber sido el antiguo Puerto Menesteo. A él, a Alberti “Homero de Occidente”, dedica D. Diego Ruiz Mata este trabajo porque nadie como él supo versar su admiración hacia el mar inmenso y el poder de libertad que representa. Pero no es poesía lo que trata el profesor Ruiz Mata en su discurso de ingreso en la Academia de Santa Cecilia sino de Historia, escrita como una apología del Mediterráneo que suena a fenicio y a marinero.

Los motivos que generan el discurso sobre el nacimiento de conciencia histórica en la Bahía de Cádiz, se derivan de las investigaciones arqueológicas encaminadas a conocer el territorio y sus dimensiones, el mar y su significado, y por supuesto las manifestaciones culturales de la presencia humana en este marco geográfico. El primer argumento “Entre dos mares” defiende que la Bahía de Cádiz nace en el Mediterráneo, no como un concepto geográfico sino cultural. Somos herederos de la tradición griega que localizaba en el límite occidental del Mediterráneo un espacio de mitos y leyendas fabulosas que se desarrollaban en la geografía tartésica del Bajo Guadalquivir y la Bahía de Cádiz, que han desvirtuado los enfoques históricos durante décadas de investigación. La importancia

que han adquirido los estudios científicos para la reconstrucción de los paleoambientes es fundamental para entender la historia y sus procesos. La Arqueología territorial centrada en los últimos años en el entorno del Bajo Guadalquivir y la bahía gaditana, así como la aplicación de análisis de ecofactos (carbones, semillas y pólenes) a los estudios arqueológicos, han ofrecido una nueva dimensión para el conocimiento de la antigüedad.

Por otro lado creo que la aportación de los estudios territoriales no hubiesen tenido tanta envergadura sin entender, y esto lo ha sabido transmitir muy bien el Dr. Ruiz Mata desde que defendiera su tesis doctoral, que la dimensión del poblamiento humano indígena es fundamental para el desarrollo de la civilización en Occidente. La aportación de la “colonización” fenicia no hubiese tenido mayor transcendencia si no llevase aparejada la interacción cultural en un ámbito geográfico densamente poblado como era el entorno de la Bahía de Cádiz, sin duda el recurso humano atrayente para los pueblos orientales en función de sus posibilidades productivas y económicas. La madurez que están adquiriendo los estudios sobre la cultura fenicia en Occidente, entre los que se encuentran las investigaciones del Dr. Ruiz Mata y las potencialidades que ofrece el Castillo de Doña Blanca, vienen a romper con el lastre cultural del “etnocentrismo griego” pues la presencia fenicia está en el germen de la cultura occidental, del nacimiento de la ciudad, de la escritura, de las sociedades jerarquizadas, del territorio organizado, del comercio a gran escala y de la conciencia histórica de las grandes culturas mediterráneas.

Por último quiero destacar también que de poco hubiera servido contar con las claves de la Historia en sus manos sin una dedicación realizada con tanto tesón y entrega. Todos los que conocemos de cerca los trabajos del profesor Ruiz Mata sabemos que es un privilegio contar con un investigador que tiene tanto que enseñar. Enamorado del Castillo de Doña Blanca hemos aprendido a quererla y a trabajar con mimo, con una metodología impecable para los que sabemos que siempre será un trabajo bien hecho, no efímero sino duradero que lleva tiempo y paciencia, riguroso y silencioso a pesar de todo el que piense que los mejores resultados se consiguen con alabanzas y a corto plazo. La clave está en escribir para hacer la Historia que trasciende de lo personal y del paso del tiempo, de las glorias y méritos profesionales, porque “los libros nunca mueren” y la conciencia histórica es constante y necesaria. Del profesor Ruiz Mata hemos aprendido que la Arqueología no es erudición ni estética, ni retórica ni demagogia, sino pensamiento, lo cual conlleva una gran dosis de conocimiento y, sobre todo, de entendimiento.

A pesar de ser profesor de Prehistoria el Dr. Ruiz Mata también es un pensador de su época. Sus estudios trascienden de las fronteras locales y provinciales, despierta el interés de investigadores nacionales y extranjeros y eso es lo que verdaderamente produce riqueza. Su visión global de la Arqueología analiza

también el valor que debe generar del Patrimonio Cultural, desde un proyecto integral de investigación + desarrollo. Pionero desde hace ya muchos años, lleva defendiendo la política de creación de Parques Arqueológicos en su proyecto para el Castillo de Doña Blanca, publicado y defendido hasta la saciedad. Una visión integradora que comprende tanto el estudio, el turismo y el desarrollo que no entiende de “puesta en valor” si no se fundamenta en la investigación, porque realmente nos preguntamos ¿qué valor tienen las piedras si no sabemos entenderlas?.

Valga mi enhorabuena a los miembros de la Academia de Bellas Artes de Santa Cecilia por contar entre sus académicos con el Dr. D. Diego Ruiz Mata, gran pensador de la antigüedad, de nuestros tiempos y de los que están por llegar.

Ester López Rosendo
Universidad de Cádiz

**LA CIUDAD DE EL PUERTO
DE SANTA MARÍA
A TRAVÉS DE LA ARQUEO-
LOGÍA**

**Juan José López Amador y José
Antonio Ruiz Gil**

Arqueodesarrollo Gaditano, El
Puerto de Santa María, 2003

Juan José López Amador y José Antonio Ruiz Gil publican en formato CD la obra titulada *La ciudad de El Puerto de Santa María a través de la arqueología*. Este libro, y permítanme que utilice este término a pesar de no estar impreso en páginas y encuadernado, era algo inevitable y previsible.

Estos dos adjetivos, que pudieran ser interpretados como una minusvaloración de la obra, están utilizados intencionadamente en sentido contrario.

Conociendo la trayectoria profesional de los autores y las líneas de investigación abiertas en sus proyectos desde el inicio de sus actuaciones arqueológicas, resultaba inevitable que las mismas derivaran necesariamente en una obra de estas características. El proyecto era ambicioso, una historia de El Puerto de Santa María a través de la arqueología.

En la introducción del libro aparecen algunas referencias a la trayectoria profesional de los autores, algunas de sus publicaciones y a varios proyectos de investigación. Citamos por ejemplo el permiso para prospecciones sistemáticas concedido por la Junta de Andalucía durante los años 1985-87; el Proyecto Arqueológico urbano en el Puerto de Santa María; o el sistema Neptuno. Todos estos trabajos debían derivar necesariamente en una obra global que afrontara un estudio arqueológico de El Puerto sin las limitaciones o restricciones a determinados períodos históricos, algo a lo que la excesiva especialización de la arqueología nos ha tenido acostumbrado en las últimas décadas, y que nos ha privado

de un conocimiento global, amplio, diacrónico y riguroso.

Conozco a los autores y me consta que ningún acontecimiento histórico, hallazgo arqueológico, hecho, documento, estudio o publicación que sobre nuestra ciudad y su entorno puedan conocerse les es ajeno. De ahí la diversidad y pluralidad de sus investigaciones. La obra era pues inevitable pero esperada y por supuesto bienvenida.

La lectura de otras publicaciones anteriores de estos mismos autores y algunas ideas y reflexiones, que exponen en la introducción de este libro, hace que la estructura de la obra sea previsible. Hablan en la introducción de un concepto de “Arqueología de ciudades superpuestas” relacionada con la conservación del patrimonio bastante interesante; defienden un concepto de arqueología urbana, que concibe el casco urbano como compendio de sucesivas remociones y cuyo estudio compete a la arqueología. Desde sus primeras investigaciones y trabajos se proponen utilizar el método arqueológico sin prejuicio cronológico, convencidos de que la arqueología aporta información para datos históricos, es decir que en muchas ocasiones es posible la relación entre los documentos escritos y los restos arqueológicos, que ambas fuentes de conocimiento se complementan.

Esta actitud abierta, sin prejuicio pero crítica y rigurosa con la que Juan José López y José Antonio Ruiz plantean sus estudios, hace que consideren yacimientos no sólo a los enclaves que poseen restos de estructuras arquitectónicas y aportan materiales arqueológicos, sino también pozos, cortijos, baldíos, cabañas, canteras, caminos, etc. Considero que es una perspectiva muy acertada. En la parte final de la introducción se hace referencia a un concepto que denominan “método usado” y que los autores relacionan con el estudio de la vida de otras personas. Esta idea se podría vincular con la historia social a la que D. Alfonso Franco, catedrático de Universidad de Cádiz y autor del prólogo, hace referencia en el mismo. Por todo esto, era previsible que la obra presentara esta perspectiva ante el estudio de la ciudad. Previsible, pero en cierto modo novedosa e innovadora.

En cuanto al análisis de la obra, podríamos destacar tres aspectos. En primer lugar, su presentación en formato CD que incluye tres archivos o documentos. El libro; una galería de fotos con las ilustraciones del texto y unas reconstrucciones arqueológicas, realizadas con medios informáticos, de yacimientos y edificios o elementos arquitectónicos a partir de datos arqueológicos o documentos históricos. El formato es ágil y la organización de los contenidos permite acceder con facilidad a los mismos. Resulta interesante la utilización de una misma vista aérea de la ciudad, en la que se van señalando los principales enclaves arqueológicos y los sucesivos límites y expansiones del casco urbano.

Un segundo aspecto destacable, es la pluralidad de las fuentes de información. El libro no sólo recoge los resultados o las conclusiones de los estudios anteriores o recientes, y por tanto inéditos de los autores, sino que incluyen opiniones, estudios e investigaciones de otros historiadores y arqueólogos. No es

extraña la participación indirecta de estos “colaboradores”. Resulta consecuente para quienes afrontan el estudio del pasado sin prejuicios cronológicos, que accedan intencionadamente a la inclusión en su obra de otras opiniones.

Pero el aspecto más destacado del libro es, sin duda alguna, su contenido. D. Alfonso Franco en el prólogo nos presenta la obra como una invitación a un paseo histórico por El Puerto de Santa María. Me he detenido en algunas etapas de ese “tour” al que también hace referencia el prologuista, para confirmar algo que intuía. El contenido de la obra es denso y riguroso. La extensa bibliografía que cierra el libro, da muestra del volumen de publicaciones, documentos, estudios y datos manejados. No obstante, el libro no es, en sí, un simple compendio o amalgama de datos, opiniones o estudios históricos. Los autores, además de aportar nuevas interpretaciones del desarrollo histórico de nuestra ciudad, recogen trabajos y opiniones de otros historiadores, a veces para corroborarlas, en otras ocasiones para refutarlas o precisarlas, pero siempre con sentido crítico y rigor histórico.

Destacaré algunos aspectos de esos capítulos. En el capítulo II, dedicado a la protohistoria, los autores destacan la importancia de la sal y de la industria de salazones, con el estudio de las Factorías Púnico-gaditanas. Llama la atención el comentario sobre el uso de los otolitos -pequeños huesos situados en la cabeza de las corvinas- como amuletos desde tiempos remotos.

Otro capítulo, el dedicado a la época de reconquista cristiana durante la Edad Media es especialmente interesante. El estudio del reparto y localización de las alquerías; las referencias a los topónimos y su estudio; el análisis de los límites territoriales, que como sabemos ha sido motivo de litigio entre El Puerto y Jerez hasta fecha muy reciente; los comentarios sobre Sidonia; y, por supuesto, el extenso estudio cerámico de los materiales de la época merecen la atención del lector.

El último capítulo puede ser quizá el más interesante. Después de hacer un breve comentario sobre la ciudad bodeguera y la ciudad turística, para lo cual se remiten a estudios de un asiduo colaborador de los autores, Enrique Pérez, Juan José López y José Antonio Ruiz, a modo de epílogo, analizan la política relativa al patrimonio. Cuestionan la actitud “conservacionista” de las instituciones encargadas de velar por el patrimonio. Analizan las consecuencias y los impactos etnográficos de las últimas y sucesivas expansiones de la ciudad, en especial en la costa oeste. Reivindican una mayor participación de los profesionales de la arqueología en la planificación urbana, y en especial, proponen un nuevo modelo de gestión del patrimonio histórico y arqueológico. El “arquedesarrollo”, término que aplican a este modelo, es la propuesta de un modelo social, encaminado a rentabilizar, a poner en valor económico y de desarrollo el amplio patrimonio heredado. Comparto con ellos buena parte de estos planteamientos.

Tan solo una objeción. Espero ver la obra impresa y encuadernada. No se debería privar a quienes gustamos del conocimiento de nuestra historia, del

placer de solicitar a los autores una emotiva dedicatoria en la primera página del libro, ni a ellos del merecido reconocimiento que supone estampar sus firmas bajo la misma. Mi más sincera enhorabuena.

José Ángel Ruiz Fernández

ERUDICIÓN Y ADMINISTRACIÓN PÚBLICA EN EL PUERTO DURANTE EL SIGLO XVIII: EL ILUSTRADO JUAN LUIS ROCHE

Manuel Pacheco Albalate

El Puerto de Santa María, Colección *Biblioteca de Temas Portuenses*, Concejalía de Cultura, 2002.

En 1997, Manuel Pacheco Albalate, junto con Enrique Pérez Fernández, llevó a cabo una modélica contribución al conocimiento de la Ilustración portuense. Se trató del estudio y edición de una Historia manuscrita de la ciudad redactada en 1764 por Anselmo José Ruiz de Cortázar, que hasta entonces había sido atribuida erróneamente a Juan Miguel Rubio de Espinosa. La determinación incontestable de la autoría de este manuscrito, motivo central del estudio preliminar a su edición, constituye una demostración magistral de rigor analítico y crítico. La lectura del citado estudio, por lo demás, resulta

sencillamente una delicia, incluso por lo que respecta a los pasajes en los que los autores se adentran en los razonamientos más intrincados.

En la obra que ahora se reseña, Manuel Pacheco demuestra que aquel regalo delicado y valioso que representó el estudio y edición de la Historia de Ruiz de Cortázar no constituyó un esfuerzo aislado o pasajero. Por el contrario, este libro significa una muestra muy de agradecer de perseverancia en una línea de investigación tan relevante como fecunda. La realidad de El Puerto de Santa María como núcleo de primer orden durante el siglo XVIII ya nos resultaba razonablemente bien conocida en sus aspectos demográficos, económicos, sociales e, incluso, políticos. Sin embargo, las cuestiones de carácter cultural e ideológico de la historia de la ciudad no habían sido objeto sino de algunos estudios puntuales, sin que la Ilustración portuense, hasta ahora, hubiera merecido una monografía de una cierta envergadura, más allá, en todo caso, de la realizada por Hipólito Sancho sobre las Escuelas de la Aurora.

La obra de Manuel Pacheco, en mi opinión, presenta aciertos indudables y reúne cualidades destacables. El primero de aquéllos es la elección del tema. Desde tiempo atrás intuíamos la importancia de Juan Luis Roche como erudito ilustrado. Las referencias a su figura en la obra de Hipólito Sancho y el manejo de algunos de sus escritos o de documentos sobre su persona por algunos

investigadores posteriores señalaban vagamente en esa dirección. Sin embargo, el Roche que nos descubre Manuel Pacheco (a quien no se le han escapado las páginas que le dedicó en 1987 la estudiosa francesa Marie-Hélène Piwnik) supera de forma descomunal las expectativas sobre este autor, revelándonos las vinculaciones que mantuvo con la corriente ilustrada en España y sus conexiones con algunos de sus más significados representantes, tales como Feijóo o el padre Sarmiento.

La correspondencia epistolar entre este último y Roche ha constituido, en este sentido, uno de los grandes hallazgos de Manuel Pacheco, quien nos anticipa una futura edición crítica de las cartas enviadas por el portuense al ilustre benedictino. Después de la lectura de la obra que ahora comentamos, cabe esperar con auténtica fruición y legítimas expectativas dicha edición, que celebraremos aparezca prontamente. La contextualización de la obra crítica y erudita de Roche en el marco de la Ilustración española otorga además un valor historiográfico añadido al estudio de Manuel Pacheco, que supera así con creces las barreras del ámbito estricto portuense para dar todo un ejemplo de lo que el no menos certero y documentado prologuista del libro, Javier Maldonado Rosso, califica con exactitud absoluta como ejercicio de historia local no localista.

El segundo logro del autor de la obra reseñada consiste en el enfoque adoptado. En la más clásica línea de estudio de la producción intelectual de autores ilustrados existen densas obras analíticas, algunas de las cuales se hacen francamente de difícil digestión. Nada de esto hay en el libro de Manuel Pacheco. Antes bien, encontramos en él una penetrante biografía, de ritmo rápido y corto aliento, que mantiene vivo el interés del lector de principio a fin. Debo reconocer que hacía tiempo que no leía de un tirón un trabajo de investigación histórica como el comentado, que cuenta con cerca de trescientas páginas. A lo largo del mismo, su autor lleva a cabo una minuciosa reconstrucción de la trayectoria de Juan Luis Roche, en la que resaltan sus vicisitudes como autor y editor ilustrado, en una primera e intensa etapa vital, y como polémico tesorero de bienes municipales de propios y arbitrios en su difícil y fatigosa madurez.

Utilizando las técnicas del más genuino género biográfico, Manuel Pacheco nos muestra a un controvertido personaje, cuya vida tuvo ribetes auténticamente novelescos. Encarna Roche las luces y las sombras de una Ilustración contradictoria y en buena medida fallida, personificando en cierta forma sus éxitos y sus fracasos. Sostuvo posturas racionalistas contra la superstición que le valieron contumaces enemigas, al tiempo que ejerció como censor inquisitorial. Utilizó libremente la crítica y algunas veces la ironía, haciendo de su vocación literaria una profesión de fe casi monacal, pero a su vez también padeció las ironías de la vida y sintió en sus carnes el zarpazo lacerante de la ruina, del descrédito y hasta de la pérdida de la libertad personal. Participó en los espacios públicos ilustrados del poder y la opinión, formando parte como síndico personero del cabildo por-

tuense y como socio de número de la Sociedad Económica local de Amigos del País, pero acabó, viejo y con la salud quebrantada, huyendo de la justicia por las azoteas y acogiéndose a sagrado en la Iglesia Mayor de El Puerto.

Todo ello nos es contado por el autor de esta destacable obra con estilo impecable, maneras de excelente narrador y buen oficio de escritor. Y éste es, precisamente, un tercer y destacable mérito de Pacheco Albalate: el de obsequiar al lector con una obra bien escrita, de indudables méritos literarios, que adornan con exquisitos aromas el sólido y sobrio oficio de historiador del que hace gala sin concesiones a lo largo de toda la obra. Una obra digna de ser leída y que habrá de ser tenida muy en cuenta dentro del actual panorama historiográfico sobre la Ilustración española.

Y finalmente, un mérito que no puedo dejar de mencionar. Manuel Pacheco, impulsado por un encomiable espíritu crítico e incluso inconformista, es un gran deshacedor de errores. Ya contribuyó decisivamente, como queda dicho, a la determinación de la auténtica autoría del considerado falsamente por mucho tiempo el manuscrito de Rubio de Espinosa. Ahora, en esta obra, demuestra que ha constituido un equívoco, largamente mantenido en la historiografía local portuense, suponer la existencia en la ciudad de la Academia Portopolitana a la que perteneció Roche. La infatigable tenacidad de Manuel Pacheco a la hora de establecer con precisión y rigor la verdad histórica le ha llevado hasta la ciudad portuguesa de Oporto, auténtica sede de la citada institución, donde ha podido documentarla suficientemente. La búsqueda de los orígenes de Juan Luis Roche le ha permitido también, no sin alguna que otra vicisitud, deshacer el error que el mismo autor de esta reseña cometió tiempo atrás al situar en Irlanda su nacimiento, que sin embargo se produjo en España y, más concretamente, en El Puerto de Santa María.

Manuel Pacheco Albalate ha llevado a cabo, mediante esta obra sobre la figura de Juan Luis Roche, una aportación valiosa al conocimiento de la Ilustración española y de los hombres que protagonizaron este interesante y controvertido movimiento cultural. Lo ha llevado a cabo además con rigor, método, exhaustividad, espíritu crítico, inteligencia y modestia, cualidades todas ellas que caracterizan el buen hacer historiográfico. Si, para mayor fortuna, como así es, los espléndidos resultados de su esfuerzo contribuyen a un mejor y más profundo conocimiento de la historia portuense, todo ello es motivo sobrado para que nos sintamos de auténtica enhorabuena.

Juan José Iglesias Rodríguez

PAZ. COMEDIA DRAMÁTICA

Federico Rubio y Gali.

Cantos Casenave, M., Ramos Santana, A. y Romero Ferrer, (eds.).

Concejalía de Cultura y Fundación Pedro Muñoz Seca.
El Puerto de Santa María, 2003.

La ciudad de El Puerto de Santa María, a través de su Ayuntamiento y otras entidades, ha realizado un conjunto de actos conmemorativos en torno al centenario de la muerte y el ciento setenta y cinco aniversario del nacimiento de Federico Rubio y Gali, uno de los hijos más destacados de la ciudad. Un esfuerzo verdaderamente encomiable: conferencias, emisión filatélica, facsímil de la "Revista Portuense", exposición y un congreso dedicado a analizar la vida y

obra del cirujano portuense.

A este conjunto de iniciativas viene a sumarse ahora la edición de una obra de teatro inédita de Rubio, cuyo manuscrito se encuentra en poder de los herederos y que ya fue generosamente cedido para la exposición monográfica que se le dedicó a finales de 2002 y principios de 2003. La obra de teatro lleva por título *Paz. Comedia dramática*. Una vez más los encargados de la cultura portuense han tenido la sensibilidad de impulsar la edición de una obra, en este caso el citado manuscrito de Federico Rubio, que viene a enriquecer la bibliografía de este eminente cirujano y nos permite conocer nuevos matices de su pensamiento social y ahondar en sus inquietudes literarias. No cabe ninguna duda que esta publicación constituirá para muchos una sorpresa y una ocasión singular para introducirse en el estudio de la dramaturgia española de la Restauración. Esta obra se presta además a la comparación del tratamiento dado a la relación hombre-mujer por autores como Rubio o Galdós, y adentrarse incluso en la pervivencia de algunos de estos planteamientos en el cine de Luis Buñuel.

No sólo se ha acertado publicando esta obra sino también en la elección de los editores de la misma, que han dotado a esta comedia dramática de Rubio de un espléndido estudio crítico. No hace falta presentar aquí a Marieta Cantos Casenave, Alberto Ramos Santana y Alberto Romero Ferrer, miembros entusiastas y destacados de la comunidad universitaria gaditana. Su labor docente y sus publicaciones los avalan y como no podía ser de otra manera su introducción a la obra de Rubio es sólida y está llena de contenidos y matices. El citado estudio crítico dota de un excelente marco teórico a la obra del cirujano portuense, ayudando al lector a situarse en el contexto social y político de la época y a entender las inquietudes literarias de Rubio, sin perder de vista los gustos teatrales de la época. Consideramos, por tanto, que la simbiosis en esta introducción de un historiador con dos expertos en literatura española, consigue plenamente los objetivos al ofrecer al lector un análisis pormenorizado de los aspectos reseñados anteriormente.

En primer lugar, Alberto Ramos Santana, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Cádiz, realiza una amplia y documentada reseña biográfica de Federico Rubio, abordando a continuación el estudio de su producción literaria (*El libro chico, El Ferrando, La Felicidad, La mujer gaditana o Mis maestros y mi educación*), sin dejar de subrayar sus publicaciones de carácter quirúrgico. Posteriormente, el profesor Ramos estudia esta pieza teatral, *Paz*, en el contexto de la obra de Rubio, realizando una excelente tarea de comparación y análisis con otras obras de Rubio como *La mujer gaditana* y *La Felicidad*. El siguiente párrafo resume buena parte de las ideas emitidas por Ramos en esta introducción: “*Paz, la obra teatral inédita que ahora se edita por primera vez, encaja en la trayectoria publicística de Federico Rubio, caracterizada por la preocupación social y las explicaciones del comportamiento humano en función de la Patología Social que tanto le interesaron; pero, por otra parte, sorprende por su acomodo a toda una serie de convencionalismos y tópicos sociales de la centuria decimonónica. Sus personajes y el desarrollo del asunto, desde la protagonista que da nombre a la obra, hasta su enamorado don Luis, pasando por la portera o la rica marquesa, así como el ambiente y las circunstancias socioeconómicas descritas, responden a un cliché elaborado por una cierta literatura social y costumbrista de la segunda mitad del siglo XIX*”.

En los capítulos posteriores, Marieta Cantos Casenave y Alberto Romero Ferrer (profesores de Literatura de la Universidad de Cádiz y miembros del grupo de estudios del siglo XVIII), abordan el contexto teatral “*entre el neorromanticismo y la comedia dramática de la Restauración*”, para adentrarse a continuación en el argumento de la obra y en un exhaustivo análisis de los personajes de la misma. La profesora Cantos Casenave y el profesor Romero Ferrer culminan su estudio destacando el carácter regeneracionista de la obra, sin olvidarse de subrayar los convencionalismos que aparecen en la misma, resaltando muy certeramente ciertas reminiscencias autobiográficas presentes en la obra. El siguiente párrafo del estudio crítico puede aproximarnos a las tesis sostenidas por estos profesores; trayendo a nuestra mente la idea de cómo adopta Rubio, al escribir esta obra, un cierto *posibilismo*, que recuerda la utilización por parte de otros autores, en otras coyunturas históricas, de la obra dramática como plataforma ideológica, de forma más o menos encubierta. Leamos: “*Desde esta perspectiva, el teatro podía resultar un interesante medio, dado su alcance mayor frente a un libro de difusión más minoritaria y elitista, aunque ello supusiera tener que someterse a los esquemas de un género muy condicionado por los gustos del público y tradición dramática de éxito (...). Y todo ello mediante la utilización pragmática del tono melodramático y folletinesco, que caracteriza una parte importante de la novela y teatro en la segunda parte del siglo XIX, como ganchos para los lectores y espectadores en una sociedad y una moral pequeño-burguesa que había instaurado la novela y el teatro como dos de sus grandes medios de entretenimiento*”.

Federico Rubio intuyó todo ello y, al igual que nuestros ilustrados del siglo anterior o sus correligionarios krausistas, vio en ese gran medio del entretenimiento un medio rápido y eficaz para llevar sus ideas regeneracionistas al gran público, convirtiendo la escena en un púlpito político donde dar rienda suelta a sus ideas filosóficas sobre el hombre y la sociedad, en las que se respiraba ya cierto aire de modernidad”.

La edición de esta obra, pues, creemos que es importante porque ofrece la posibilidad a los historiadores y estudiosos de la literatura de profundizar más en el pensamiento de este cirujano y escritor portuense; permitiendo también, una vez más, la divulgación entre los ciudadanos de la obra de una de las figuras más interesantes de El Puerto de Santa María. La concejalía de cultura del Ayuntamiento de El Puerto, la Fundación Pedro Muñoz Seca y por supuesto los editores de la obra han cumplido sobradamente sus objetivos, sobre todo cuando se presenta un estudio serio y alejado de planteamientos hagiográficos. Profundizar de esta manera en el conocimiento de una persona como Federico Rubio sirve también, estamos convencido de ello, para seguir caminando por la senda de la cultura democrática. Quizás la lectura de éste y de otros libros estimulen la vocación de algún joven portuense hacia la literatura, la historia o la cirugía. Sería una señal excelente, al cabo de los años, de la pervivencia de la vida y obra de Federico Rubio y quizás una de las mayores satisfacciones para los editores y estudiosos de esta comedia dramática.

Francisco Herrera Rodríguez

**MUSEO DE CIENCIAS
NATURALES DEL COLEGIO
DE SAN LUIS GONZAGA
CATÁLOGO DE PECES**

Juan Carlos Pumar Reyes

Biblioteca de Temas Portuenses,
17
Ayuntamiento de El Puerto de
Santa María, 2002

Publicado por la Concejalía de Cultura, dentro de su Colección *Biblioteca de Temas Portuenses*, se presentó el pasado 10 de marzo, la obra “Museo de Ciencias Naturales del Colegio san Luis Gonzaga. Catálogo de Peces”, del que es autor Juan Carlos Pumar Reyes. Entre los magníficos 17 títulos que componen hoy día la colección, es el primero que trata un tema de Ciencias Naturales. Se ha cuidado la presentación, que es excelente, y que se introduce el color.

Juan Carlos es una persona muy inquieta, como lo demuestra su amplio e importante currículum. Es Licenciado en Ciencias del Mar por la Universidad de

Cádiz. Ha realizado los cursos de doctorado en la misma Universidad, donde presentó su tesina “Crecimiento, alimentación y reproducción del *Leuciscus pyrenaicus* en el río Guadiaro”, que mereció la máxima calificación. Actualmente está terminando una segunda licenciatura en Ciencias Medioambientales. Ha completado su formación con varios cursos y masters, y ha dado clases en la Facultad de Ciencias del Mar, como alumno colaborador del Departamento de Biología, durante cuatro años. Sus publicaciones sobre Biología marina son numerosas, así como su participación en varios proyectos científicos.

Pero ante todo, Juan Carlos es un hombre enamorado del Mar. Fue alumno de este Colegio jesuita donde realiza el estudio, y de aquí surge su interés por el Museo.

Comienza la obra con una presentación del Padre Luis Conradi. En las páginas de su presentación se percibe la entrañable relación que une al Padre con el Museo y con el Colegio.

En la introducción, el autor nos justifica su proyecto, cómo surgió la idea, qué pretende con este catálogo y cómo ha estructurado la obra.

Después nos encontramos con un primer capítulo dedicado a hacer una génesis histórica del Museo. Aquí quiero destacar el hecho de que este biólogo marino tuvo que dejar de analizar aletas y escamas para meterse a investigar en archivos y bibliotecas, y el resultado les aseguro que ha sido un trabajo riguroso, bien escrito y completo. Ha conseguido con este estudio llenar algunas lagunas históricas y nos ofrece unos interesantes documentos extraídos del archivo de la Universidad de Sevilla, como el inventario del Museo de 1885 o la relación de jesuitas responsables del mismo desde 1875 a 1920. Las fotografías que se incluyen de 1916 y 1919 nos muestran un Gabinete de Física y un Museo de Historia Natural realmente a la altura de la fama de este Colegio.

Y es que este colegio y su Museo son la herencia que nos queda a los porteños de un momento histórico realmente apasionante.

El siglo XVIII marca el interés por las “ciencias nuevas” y sus aplicaciones, y esto conlleva un cambio en el espíritu científico y el triunfo de los métodos de observación y experimentación. Los primeros pasos en este cambio de mentalidad los da en España, allá por 1725 el padre Feijoo, quien en su lucha por difundir las ideas ilustradas escribe en su famoso *Teatro crítico*: “Hay que preferir siempre la experiencia a todo raciocinio”. Sin embargo, la curiosidad científica no se queda tan sólo reducida a los medios especializados. Junto a los reconocidos “sabios” de cada momento, aparecen los aficionados, los coleccionistas, apasionados por los herbolarios, los aparatos de física y los gabinetes de historia natural. Así aparecen estos hombres entusiastas que a lo largo de los años disciplinan su curiosidad, la someten a criterios científicos y amplían sus conocimientos con los llegados desde el extranjero.

No escapan los jesuitas a este ambiente científico. Esta orden religiosa,

dedicada en la Península casi exclusivamente a la educación, tanto secundaria como universitaria, tenía entre sus filas a hombres de una gran talla intelectual. A poco que profundicemos, encontramos jesuitas expertos en botánica, geografía, astronomía, física, etc. Si a esto añadimos que hay jesuitas repartidos desde el norte al sur de América y el sudeste asiático, encontraremos una clara explicación del por qué de este Museo.

Estos gabinetes de ciencias deben la mayoría de sus piezas a ese afán por descubrir y coleccionar que comienza en el XVIII. Además la situación geográfica de este Colegio era idónea: muchas de las expediciones partían y llegaban a la Bahía de Cádiz, ya que estamos en una zona de evidente importancia científica en ese momento, avalado por la creación de la Facultad de Medicina o la Escuela de Guardiamarinas.

Las expediciones científicas del XVIII sólo son comparables, quizás, a la carrera espacial de nuestros días. Eran peligrosas, pero fascinantes. Lo que se encontraba superaba la imaginación más desbordante. Para algunos era un viaje sin retorno, y para otros se convirtió en una forma de vivir. Son muy conocidas las expediciones del sabio alemán Humboldt o el capitán inglés Cook. Las expediciones españolas no han tenido la suerte de que alguien hiciera una serie de televisión sobre ellas, pero alguna hay tan interesante. Citaremos aquí el viaje de dos militares formados en la Escuela de Guardiamarinas de Cádiz. En la expedición científica de los franceses Godin y La Condamine, que tenía como finalidad la medición de un arco de meridiano y determinar la exacta figura de nuestro planeta, embarcaron los jóvenes tenientes de navío Jorge Juan y Antonio de Ulloa. Salieron de Cádiz en 1735 y regresaron en 1746, once años después, convertidos en reconocidos científicos y miembros de la Royal Society de Londres.

En el siglo XIX este ímpetu de atesorar se ve mediatizado por los primeros planes de estudio con los que las autoridades regulan la educación. A los centros escolares de la llamada segunda enseñanza se le obligaba a mantener gabinetes de Ciencias Naturales y de Física, y evidentemente este colegio era uno de los más importantes.

Y entre los muchos datos que recoge Juan Carlos en su libro, hay algunas anécdotas interesantes; por ejemplo, sobre el gabinete de Física del Colegio, hoy prácticamente desaparecido. En septiembre de 1868 acababan de llegar desde París grandes cajas y embalajes con algunas máquinas e instrumentos para el gabinete de Física del Colegio, cuando, no se sabe si por ignorancia o malicia, alguien identificó tales aparatos nunca vistos como instrumentos de suplicio para la Inquisición que, según decían, los jesuitas habrían llegado a implantar si no hubiera estallado la Revolución.

Una vez que terminamos la parte histórica del libro, llegamos al cuerpo central de la obra. El estudio científico y la catalogación de los ejemplares que podemos ver en esta sala. En primer lugar Juan Carlos hace un resumen de los

conceptos básicos para la determinación e identificación de especies de peces. Es de agradecer que, sin restar rigor científico a su trabajo, el autor se acuerde de los que no tenemos ni idea de aletas, hendiduras branquiales o número de escamas. También, al final se encuentra un glosario de términos fundamental para entender las fichas de cada uno de estos 49 ejemplares de peces que componen el Museo.

El catálogo está estructurado de una manera muy didáctica, presentando la fotografía del ejemplar disecado con la descripción taxonómica, el área de distribución, hábitat, reproducción, alimentación y algunas curiosidades referentes a cada especie, y les aseguro que hay algunas realmente curiosas.

Carmen Cebrián González

“CASA LUCAS”

Manuel Lojo Espinosa

Ed. Promotora de Edificaciones
IRASA, S. L.
y Academia de Bellas Artes “Santa
Cecilia”.
El Puerto de Santa María, 2002

En un panorama en el que se escribe demasiado sobre demasiadas cosas importantes, resulta grato encontrar iniciativas sinceras como la de Don Manuel Lojo Espinosa, auspicios como el de la Academia de Bellas Artes “Santa Cecilia” y esfuerzos de edición como el de Irasa S. L. No tengo el gusto de conocer personalmente al autor pero la imagen que me he formado a través

de sus páginas me resulta bastante familiar. Con el relato fresco y desenfadado con el que se suele escribir desde la memoria, el Sr. Lojo dibuja los trazos de un Puerto que ha estado muy presente en la historia viva del que fuera emergente sector social medio portuense. Un estamento sustentado por funcionarios, maestros, médicos, comerciantes, y técnicos medios, es decir, por todos aquellos que “cobraban mensualmente” frente a “los que cobraban semanalmente” (jornaleros, marineros y trabajadores de las bodegas).

A través de su historia personal el autor nos cuenta las andanzas del grupo de parroquianos que se reunían en “Casa Lucas”. Era ésta una de las muchas tabernas que salpicaban las calles de El Puerto, y a las que el historiador Enrique Pérez ya dedicara un estudio, por cierto, merecedor de una pronta y revisada segunda edición. En esta “Casa Lucas”, ubicada en el 110 de la calle Larga, surgirían numerosos grupos de amistad que, en cierta forma, nos muestran una sociedad viva y en transición. Entre estos grupos, el autor se centra en las anécdotas más celebradas de los socios de la peña deportiva “el viaje por pelotas” (1940-1978) cuya excusa para reunirse los martes y jueves por la tarde en el salón de “Casa Lucas” era el apoyo al equipo señero del fútbol local.

El libro, pensado y redactado en forma de memorias salpicadas, recoge las manifestaciones más directas de un “informante privilegiado”. Y es privilegiado porque habla desde una primera persona, porque tiene un recuerdo detallado, y porque adereza su relato con datos de enorme valor etnográfico. Cualquier lector interesado en la historia de los grupos humanos podrá observar sin mucho esfuerzo que el libro está plagado de aquéllos. En el relato de la visita de los socios de la Peña a la casa del entonces alcalde Miguel de Castro se aprecia en su esplendor todo el protocolo social de la época (pág.105-109); la política de asistencia social del momento en las varias referencias a la Cabalgata de los Reyes Magos (págs. 122-126); en las propias andanzas de los viajes de los socios de la Peña se subraya el valor de lo cotidiano y lo extraordinario, o la afición por lo taurino en las muchas porfías que tuvieron lugar (págs. 30-36), o realidades etnográficas de tanto peso como la presencia social y cultural de los alicantinos (“la millor terreta del món”) que vienen ilustradas en la historia del tío “Pé”, patrón mayor del Pósito de Pescadores (p.50-54), o ejemplificadas en la poca dificultad que tuvieron para encontrar lo más parecido a un acento catalán cuando fue necesario representar a la “Marquesa de Tarrasa” en *La Venganza de Don Mendo* (pág. 123). Sin embargo, para aquellos que somos un poco más jóvenes que D. Manuel Lojo hubiese sido de agradecer algunas referencias cronológicas más para así hilvanar las historias de una forma más enriquecedora.

El valor del libro no radica desde luego en su orden, sino en su rico equilibrio como anecdotario sincero. Unas anécdotas que bosquejan, de forma ligera pero muy luminosa, esa pequeña historia que da valor a lo cotidiano, y confiere ese necesario sentido de continuidad al devenir cultural de los grupos humanos. Es un libro repleto de bromas, historias personales, cuentos y leyendas urbanas en las que se recoge el saber compartir el espacio de libertad que constituía la taberna, se plasma el orgullo por los sucesivos ascensos del Racing, se cuenta la felicitación por el éxito de “la Macaria” en el Festival de Eurovisión, se vive las formas de sociabilidad tradicionales, o se transmite el fervor de una religiosidad civil con la Patrona salvada in extremis del incendio de su camerín. Finalmente, es muy de agradecer el enorme esfuerzo que habrá supuesto el exhaustivo índice de personas que, en “Casa Lucas” y entre finos, olorosos y amontillados, supieron cómo saborear el paso del tiempo mientras sentaban las bases de la ciudad que hoy disfrutamos.

Antonio Miguel Nogués Pedregal
Universidad Miguel Hernández de Elche

